

ARTE Y LITERATURA

SOMBRA DE CISNEROS

Por MANUEL VELA JIMENEZ

EN llegando San Lucas cada buey a su yugo y cada estudiante a su estudio. Empezaba el curso. Después de oír misa en Santa María, bajo el deslucido artesanado de estrellas y peligeros cavetones del paraninfo universitario, el sermón rectoral de apertura: dos horas largas de «absits» y citas a los anacoretas de Tebaida, y, luego, si uno no era príncipe o duquesito de cañones y liga, a buscarse un maestro de pupilos que se cuidara de tenerlos como caballete de espadador, o un ama, por regla general sisena, alcahueta y con sus ribetes de hechicera, si no la habían emplumado ya. Y como allí no era ocasión de hacerse el gordo y presumir de linaje, porque mal se aparejan el orgullo y la estrechez, el que más y el que menos, para las horas libres de estudio, se buscaba un empleillo por aquellos Tribunales de Dios—o del Diablo—en que había más varas que días tiene el año, y, con cada vara, cinco o seis vagabundos. Los de mejor corazón, y en especial los de la sotana, compartían el hambre, la Teología y las cuatro mal ajustadas tablas sobre dos banquillos que daban en llamar ponposamente lecho, con algún capigorrismo pobretón y Juan de buen alma. Es lo del otro: haz bien y echalo al mar; si los peces lo ignoran Dios lo sabrá.

De mañanito temprano, cuando aún no estaba clara la cuesta de Zulema y salían a los campos los últimos labradores, iban a clase con la capa cruzada por la boca, sobre los hombros. El señor don Miguel Carrasco, catedrático de la de Santo Tomás, aún le faltaría su media hora de sueño.

Y mientras unos andaban a vueltas con el Pentateuco o con la sintaxis de Horacio, otros se calentaban los sesos con las densas explicaciones teológicas de aquel gran memorián que fué don Fernando de Matatigui. Se aireaban luego por las anchas galerías o por el templete barroco de la fuente. Algunos discutían. Otros se llegaban hasta las verjas del sepulcro del Cardenal, llenos de follaje y mascarancillos, y allí hablaban de sus cosas. Casi siempre había un mediquillo en agraz que contaba aventurillas escabrosas. A eso del mediodía, cuando volvían del mercado las verduleras en sus asnos secos como el caballito de Bamba, iban en bandadas a tranquilizar el estómago. Con la parsimonia de un antiguo rito y la cortesía de indio mejicano, en paz y en gracia de Dios, se servía un día si y otro también, a caza por barba, de caldo con berzas y guisantes, que por la pinta parecía ser prima hermana del bodrio que se daba a los pobres en las porterías de los monasterios. Unas aceitunas antes, un pedazo de abadejo o de vaca, frío como las gracias de la Mari Angela, y algunos toques ligeros, por riguroso orden a la jarra del vino. Corto era el yantar; pero había alegría en los corazones, y donde hay alegría, los mendrugos son tiernos como pasteles de a cuatro reales.

Así se pasaba la primera parte del día. La otra por el estilo.

Claro que algunos de ellos—de todo ha de haber en la viña del Señor—hacían de dos ochos quince y se iban de picos pardos por los mesones de la Puerta de Santiago o del Portillo de San Bernardo a echarse entre pecho y espalda unos cuartillos de los de Valdepeñas o a jugarse a rentoy o al quince los pocos cuartos que tuvieran con algún bellacón madrigado que siempre andaba a las vueltas. Pero eran los menos «Los incomprensidos» que, tarde o temprano irían a dar en algún Tercio nuevo de Italia o de Flandes, donde dejarán el pellejo el día menos pensado. Algunos volvían al cabo de los años, rendidos de brega y de gloria, a pasear por las plazas de la Corte su jerarquía ganada acuchillada; que para algo llevaban en las venas la bendita sangre caliente de España.

Las lenguas sabias, la Física, la Medicina y las Cánones no se aprendían zongorreando la guitarra como oficial de barbero ni armando fandangos por los burdeles o por las tabernas. Se parecían de puro hacerse callos en los codos y de perder la vista en los libretes que algún

lunes, de mañana, tenían que empeñar por cuatro cuartos en la guarida de cualquier fullero de la pluma, y precisamente para irse a correrla con señoras chanflonas que pasasen de noche como moneda falsa...

Es tontería creer que los títulos de doctores venían a las manos de vobis vobis, como es ridículo también pensar que los estudiantes, juventud y vida anduvieran hechos unos corderitos de *agnus Dei*. Se armaba alguna timba de vez en cuando si, y entre flux y flux se echaban al colato unas buenas jarras de tinto. Lo había enamoradizo que andaban por la noche dando bordes por las ventanas, y los había que de jueves a viernes estaban a treinta con rey; pero más eran los paseos filosóficos hasta el Torote que los escapadas a la venta de Viveros.

Había que estudiar, y estudiaban; con la luz del día y con la ración de vela que les asignaba la patrona.

Y cada mañana, cuando aún no estaba clara la cuesta de Zulema y al señor don Miguel Carrasco, Catedrático de la de Santo Tomás le faltaba todavía su media hora de sueño, iban a la Universidad, sombra de aquel frailecito bendito de Dios, con la capa cruzada por la boca, sobre los hombros.

Becquer, poeta de los contrastes

El lunes, día 22 del pasado mes de diciembre, se cumplían los setenta y un años de la muerte de Gustavo Adolfo Becquer. Setenta y un años y su obra persiste con todos aquellos caracteres de modernidad o mejor dicho, de novedad, conque fué valorizada a la muerte de su genial autor. Cada día podemos contemplar, en los escaparates de las librerías, nuevas y más lujosas ediciones de «Rimas», y el hablar de ellas a las mujeres es siempre tema de palpitante actualidad que difícilmente les cansa o les aburre, refiriéndonos, claro está, a aquellas que sienten alguna inquietud por las cosas del espíritu.

¿A qué es debida esa permanencia y actualidad de Becquer? ¿Por qué es el poeta preferido de las mujeres? He aquí dos preguntas de difícil contestación.

Porque en Becquer todo es anormal, todo es ilógico: nada tiene explicación. Desde el fracaso continuo de su vida material hasta el mundo ideal creado por su inspiración vigorosa. En Becquer toda se ha de explicar por contraste. A las privaciones y dificultades del mundo exterior, corresponde una vida interior de exquisita y finísima sensibilidad. El tema de sus «Rimas» es un «acordeón», pero ese acordeón es «tocado por un ángel», como ha dicho Eugenio d'Ors.

El «caso de Becquer» es el contraste. Becquer escribe sin corrección, sus poesías vienen llenas de tópicos que lo eran con mucha anterioridad a ellas y emplea en las mismas imágenes completamente falsas, por ejemplo, la tan repetida de «Cuando me lo contaron sentí el frío de una hoja de acero en las entrañas». Pero en contraste con este tejido de defectos ofrece un estilo viril como quizá ningún otro autor; y el estilo viril es en Becquer la desnudez idiomática, la dialéctica pura, sin anécdota y sin cuerpo, torpe y conmovedora a la vez.

Estilo simple y sincero, sin rebuscamientos retóricos, pero agradablemente musical. Al hablar de la luna «La luz tibia y serena», ¡cuanta sobriedad y elegancia en esta expresión! «Alma más que palabras» se ha dicho que fué Becquer; y nosotros añadimos que eso es virilidad, pues las palabras y la dialéctica son

Al compás de «Los Pastorcillos»

ESTÁ a punto de desprenderse la hoja postrera del calendario y con ella se escurren doce meses por la puerta de nuestra existencia. ¡Qué lejos aparecía Diciembre cuando empezamos el año! Y Navidad sonaba en nuestra alma como un eco reminisciente de melodías lejanas... Sin embargo, con el inevitable y siempre imprevisto correr alocado del tiempo, Diciembre nos llega, desparezándose su nivea caballero vieja y nos presenta, entre la sublime aureola de la alegría sana, todas las excelencias de las Navidades sagradas, con sus emociones religiosas y familiares; con sus belenes, sus cantares, su perfume inefable de corazones sencillos; con sus Pastorcillos tradicionales... No podía suceder de otra manera. Navidad es la fiesta más grande del año, la más solemne, la más humilde y la más franca... Y «Los Pastorcillos» son un complemento de la fiesta grande. Navidad sin Pastorcillos fuera una Navidad truncada.

Y volvimos a amontonarnos en el escenario, para los ensayos, que poco a poco va transformándose en un taller de actividad, mientras surgen los comentarios del año pasado, como si hiciera sólo unos días de la última de aquellas representaciones. ¡Qué insípidos son «Los Pastorcillos» vistos en un ensayo!... El simpático Toñín no es el mismo que tan valerosamente desafía al diablo ni Caracol es tan miedoso ni el hambre le azuza como nos tiene acostumbrados. ¿Qué miedo puede hacer Satanás, debajo de sus ga-

fas y de su abrigo con el cuello levantado? Jeremías no es tan tartamudo como parece. No pesan tanto los años sobre el anciano Getsé. San Miguel nada tiene de ángel ni San José de patriarca. Isabel, aunque es tan gentil, no está, — Dios nos guarde,— enamorada de Toñín; ni la abuela es vieja, ni la madre tiene un desconsuelo muy irreparable, ni «las tomaras» tienen ninguna similitud con la pastora Marta... En fin, que es un ensayo, y si el teatro es farsa, mucho más lo es un ensayo... Pero el caso es que «Los Pastorcillos» marchan, que la orquesta afina sus notas y que por las esquinas hay unos rumbosos carteles que dicen «Más de 100 personas en escena»...

Sería mentir si negásemos que todos cuantos intervenimos en «Los Pastorcillos» vemos la llegada de Navidad con una rayita de emoción en nuestra alma y esto quizás es un secreto de nuestro éxito... Todos hemos tenido buena cuenta de probarnos los vestuarios, las pelucas los calzados...

Y se levanta el telón: cada uno se halla en su puesto y cumple como mejor sabe su cometido. Somos los de siempre: no puede faltar nadie. Sería inexplicable, que alguno de los creadores de «Los Pastorcillos» no estuviera en su lugar, porque otro factor indiscutible del éxito ha sido siempre la unidad que de toda la vida ha existido en «Juventud Artística» y así como el nombre de Navidad, para nosotros, va enteramente ligado al de «Los Pastorcillos», éste, a su vez, lo va a «Juventud Artística» con nuestro director a la cabeza...

Pronto caerá definitivamente el telón para hogao y sinceramente ansiosos aguardaremos se levante de nuevo en la Navidad próxima, dispuestos como siempre a responder a la voz de lo que es ya una tradición. Y rogamos al Señor que en el año venidero nos encontremos otra vez los de siempre, para que el nivel artístico que «Los Pastorcillos» sitúan a Granollers no se vea disminuido, sino al contrario, para que cada una de nuestras actuaciones se cuente por un éxito más y una perfección mejor.

JOSÉ LLOBET SERRA

Carta abierta

Por CORAL

QUERIDÍSIMA:

Estoy muy contenta! Más alegre que nunca. Total por nada seguro: pero siento toda la alegría de este día tan maravilloso. Ayer mamá me abrigó bien, me dió un lindo farolito de papel y me acompañó hasta las afueras del pueblo a esperar a los tres Reyes Magos. Yo estaba muy nerviosa, no me podía estar quieta. Sentía muchas ganas de hablar y reír; pero tenía algo de miedo porque este año he hecho bastantes travesuras, y si el rey negro no me trae más que carbón me muero de vergüenza. Cuando más distraída estaba contándole a nuestra amiga Blanquita lo que había pedido por carta a los tres Magos de Oriente, todo el mundo empezó a gritar y se vieron muchos resplandores por el punto más alto de la carretera. Entonces apareció el cortejo. Al principio no veía más que cosas brillantes. Mamá me cogió en brazos y entonces distinguí divinamente los pajes y los Reyes. ¡Que guapos iban todos! Yo me quería esconder porque sentía dentro del pecho una cosa que hacía mucho ruido y, no sé porque, me molestaba que los demás la oyese. ¡Pero cualquiera deja de mirar la de brillantes y carrozas que llevaban los Reyes! Deben ser riquísimos, porque cada uno llevaba más de diez criados y unos sombreros y unos vestidos que nadie del mundo puede ser que tenga otros tan bonitos. Se ve que quieren más que a nadie a las niñas pobres. Solo a ellas les daban caramelos y unas muñequitas muy lindas. Y se lo daban riendo, como si no hiciesen nada. Cuando ví que eran tan buenos, se me pasó el miedo y, así que estubo enfrente de mí el primero de los Magos que llevaba una barba muy larga y muy blanca, le pedí un caramelo. Se rió y me lo dió en la mano. No sentí ni miedo del caballo. Pero no me lo he comido sabes? Lo guardo en mi caja de tesoros y le doy besos. ¡Figúrate que me lo ha dado quien vió al Niño Jesús! ¡Oh! ¿Verdad que estupendo es todo lo relacionado con este día? Durante la noche, que se me hace la más larga del año, me he despertado infinitas veces. Sin abrir los ojos (por miedo de que al ver en mi habitación a los Tres Reyes de Oriente se desvanecieran todos los regalos) trataba de adivinar si había llegado ya la madrugada y se acercaba la hora de ver los fantásticos presentes que tanto tiempo he deseado. No he dormido tranquila ni un momento y, a pesar de ello no he oído ningún ruido. ¿Será que no me he dejado nada? ¡Si! ¡Estoy segura que si! lo menos, lo menos... ¡Tengo unas ganas de ver que es! Porque lo dejan todo en una habitación cerrada y, luego, cuando ya mis papaitos se han levantado, corro con ellos a abrir la puerta de ese palacio encantado... No quiero pensar más porque me están entrando unas ganas inmensas de abrir sin esperar a nadie. ¡Como se conoce que ellos no tienen tantas ganas como yo de verlos! Van más despacio para levantarse...

Que diferencia ¿verdad?, del tiempo rojo. Yo casi lo he olvidado; pero sé que como los rojos hubiesen asesinado a los Reyes (¡Con lo buenísimos y guapos que son!) no podían venir y teníamos que comprar, comprar nosotras (¡que horror!) cualquier cosa que encontrásemos. En cambio ahora... Mira: antes del mediodía tengo que ir, con otras margaritas, al Frente de Juventudes. También por allí han pasado los Reyes y han dejado juguetes para las niñas que van a los comedores de Auxilio Social. Nosotras, las que no vamos, se los tenemos que entregar en nombre de los Magos. ¿Verdad que es una cosa muy bonita? ¡Me dá tanta alegría hacer eso como recibir mis regalos!

Ahora los nervios no me dejan seguir escribiéndote. Cuando vea los regalos y haya jugado un rato con ellos, te escribiré otra vez. Escríbeme tú pronto y recibe muchos besos de Peque.